LUIS Y CRONOS

I

Pueden engañarse, incluso de manera siniestra, quienes piensen que Luis Rosales Camacho es, sin más ni más, una persona mentalmente rápida, pero de ejecutoria un tanto lenta; alguien capaz de encender y fijar en diez segundos todo un complejo cuadro de ideas, situaciones y sentires, aunque también —y sólo hablo por vía de ejemplo— de tardar un poco más de la cuenta en preparar unas ediciones, en llevar a efecto tal propósito o acuerdo, en enviar una colaboración a una revista, a un periódico.

Todas estas cosas son posibles en Luis, es cierto. Sin embargo, tomarían el rábano por las hojas cuantos, exasperados o bien simplificando tan a palo seco como una calculadora electrónica o un moralista en verso de principios de siglo, no metan el brazo bien metido en lo que subyace bajo esas tardanzas o episodios, más o menos nimios.

Aunque sea muy provisionalmente, muy por encima, los párrafos que siguen tratarán de aproximar e iluminar algún que otro aspecto de ese asteroide rosaliano —con órbita propia, aunque imprevisible hasta para su dueño—, en que consiste la singularísima y desde luego hostil relación del binomio Cronos-Luis Rosales. O mejor, al revés: Luis Rosales-Cronos, ya que, como veremos, es justo mencionar por delante al poeta y sólo en segundo término a su célebre antagonista, tantas veces vapuleado por él.

II

En realidad, ni los mejores amigos de Luis —pongamos algunos tan cercanos como Primitivo de la Quintana, Macuca Fontán, Alfonso Moreno, Pérez Villanueva o Carlos Dampierre, y otros distantes, como José Coronel Urtecho, Miguel de Cervantes, Andrés Segovia o Leopoldo—, ni siquiera estos buenos allegados a él, decía, tuvieron o tienen una idea medianamente clara y satisfactoria de cuándo y cómo empezó Luis Rosales a convertirse en uno de los más sutiles y originales toreros del mayor, del más insidioso y escurridizo

toro, el toro del Tiempo. Confundir esa impávida, pasiva destreza suya con una lentitud como tantas otras o con una cachaza del tres al cuarto es un error que debe ruborizar a cuantos pudieren ejercerlo y que denota una elementalidad o una inocencia poco aconsejables.

El relato *Los ganadores de mañana,* de Holloway Horn, propone el conocimiento del futuro inminente —y nada menos que impreso en un periódico— para cierto vil y trapacero apostador hípico, que empieza a recibir un diario del día siguiente con la información de todo lo que aún no ha ocurrido. Lafcadio Hearn, en *Kwaidan* —así como después Masaki Kobayashi en su hermosa versión cinematográfica de cuatro de esos cuentos—, mezcla el ayer y el hoy en las figuras de un samurai arrepentido y un joven cantor ciego. En *El tiempo del lunes,* Afredo Grassi cuestiona también la marcha del reloj, y en la historia titulada *El milagro secreto,* un escritor que ha jugado también mucho, de frente y de espaldas, con el toro centicorne del Tiempo y que sólo ahora empieza a conocerse firmemente en España, mientras que en esta revista llevamos quince o veinte años hablando de él, Jorge Luis Borges, junta muchos días y noches en una décima de segundo para que Jaromir Hladík, un escritor judío que está siendo fusilado, pueda ultimar un drama para el teatro: las balas ya disparadas y el cosmos entero se detienen en seco, y sólo siguen su camino cuando Hladík pone sobre el papel el punto final de la obra. Más familiar y menos metafísico, entre álamos y bicicletas, Luis Rosales me dijo ceceando una soleada tarde del 57 o el 58:

—Mira, Fernando: una muchacha italiana me ha escrito hace ya algún tiempo; creo que quiere preparar una tesis sobre mi poesía y me pide libros; pero yo no tengo ahora ningún libro mío ni manera de conseguirlo. Le podemos mandar, eso sí, dos o tres separatas últimas, y como tú estás bien ahora en italiano, me vas a hacer el favor de ponerle dos letras de mi parte, explicándoselo.

—Dalo por hecho.

—Pues aquí tienes su carta con la dirección.

Me la guardé y seguimos; bajando del Instituto de Cultura Hispánica nos encontramos a unos amigos en Princesa; tomamos unos vinos en Argüelles, pero —cosa rara por aquel entonces— no se alargaron las copas ni la parla porque Luis en su casa y yo en la mía esperábamos ese día gente. En el autobús a Peñagrande, ya solo, saqué la carta y la leí; no decía más que lo que ya había oído; estaba redactada en Alessandria y... Y...

—¡Luis, soy yo! —le llamé por teléfono apenas dejar el autobús.

—Sí, hombre; ¿qué hay?

—¿Te das cuenta de cuándo te ha escrito esta chica Luis, la italiana? Bueno, pues te ha escrito hace casi dos años.

Al otro lado de la línea, la voz templada de Rosales—esa voz que siempre me he imaginado de color gris marengo, voz sedante,, bronceada—ni pestañeó, por así decirlo:

—Ya te dije que hacía algún tiempo.

De todos modos contesté la carta al día siguiente y la respuesta de Italia no se hizo esperar; pero su madre, no la interesada, era quien contestaba; la muchacha había dejado Alessandria y se había casado; si Luis quería, podía escribirle a Florencia. ¿La tesis? Ah, sí, la había hecho. Sobre Leopardi.

III

Entre inefable y estoica, esa serenidad que aquella vez y luego algunas otras he observado en Luis por lo tocante a la relación cosas-plazos debe ser parte esencial de su actitud frente a esa relación, una actitud no sé si nada o algo consciente, pero celosamente perfeccionada y ejercitada. Destrísimo conocedor de las malas mañas del Tiempo, Luis lo avasalla al punto sin la menor tregua o concesión; suele mirarlo de frente y a los ojos, como al basilisco, pero sin temblarle, arriesgando el todo por el todo, igual que un buen jugador en el infortunio o—ya lo sugerí—que un Rafael Ortega, yéndose para el morrillo detrás del estoque, entre los pitones afilados.

—Pasado mañana—dice terminantemente.

O:

—El mes que viene.

O bien:

—Bueno, eso es poca cosa y lo hacemos *cualquier día de éstos.*

Y de un modo u otro, todo va saliendo adelante así.

Pero hay ocasiones en que no, y aunque, como se sabe, el Tiempo —ese Saturno, ese cruel padre de todos—no es el mismo para cada persona, yo lo he visto a veces convertirse para Luis Rosales en algo especialmente sobrecogedor y espantoso, algo así como una de esas vagas pelusas fugaces que aparecen por las habitaciones mal barridas, pero más alta que él; una pelusa turbia, indefinida, indefinible, en la que Luis ingresa braceando a tientas, apoyándose de pronto en una columna de minutos que se le desmorona de golpe, en una baranda de

horas fantasmales, en una pared de días inexistentes, en un suelo de años, segundos o siglos, trastocados y confundidos, que se mueven bajo sus pies y lo empujan angustiosamente de un lado a otro. Teseo Rosales puede perder entonces el hilo del laberinto y el minotauro Tiempo ganarle esas partidas y cansarlo y cornearlo a placer, desquitándose sañudamente de los recortes, suertes, burlas y recursos con que el héroe lo humilla de costumbre.

Hace no mucho Luis Rosales se vio obligado a lidiar una corrida cronológica gordísima, pasada de cuerna y plagada de exasperadas moscas anglosajonas, de sonrientes y deprimentes tábanos extranjeros, provistos de sacrosantos Omegas, máquinas de contar, sistemas métricos Día-Página-Hombre; gente, en fin, de esa que dice —y, lo que es peor, piensa— que el tiempo es oro y cosas por el estilo. Semejante prueba tremenda, tales armas y pertrechos acumulados contra él por sus naturales enemigos temporales, la más tosca y enfermiza prole de Cronos, hubieran terminado para siempre con nuestro aguerrido representante del «Tiempo-Otro», hubieran hecho caer esa torre del espíritu a los pies de las fuerzas del mal —pues torres más altas aún cayeron— si Luis Rosales, alzándose una y otra vez sobre los diarios destrozos, no hubiese dado toda la medida de su misterioso poder, manteniendo su estilo, eludiendo cuernos, *bumerangs*, rifles, azagayas, y, por fin, quedando a salvo para siempre de cualquier otra agresión por parte de aquellos maléficos embajadores de Alvin Toffler.

IV

No tanto en la primera versión de *Abril* como en sus libros posteriores, la posición de Luis Rosales tocante al Tiempo se transparenta acá y allá con una claridad bastante suficiente. Especialmente en *Rimas* y en *El contenido del corazón*. El verbo «durar» es muy peculiar y abundante en la poesía rosaliana, que en algunos momentos nos entregan entero al hombre de quien estamos hablando:

> ... DURAN *las cosas sencillas*
> *su vivir triste y honrado,*
> DURA *el paso sosegado*
> *del Duero por Tordesillas.*

Versos que, como todo ese breve poema, equivalen a un «¿por qué correr entonces?» Previamente, y como para reforzar aún las

razones de su filosofía vital, de su «tempo lento», Luis Rosales ha afirmado y —diríamos— se ha repetido a sí mismo:

DURAN *el Tiempo y el cielo.*

Y esa comprometida y...

... vaga prudencia
de caballo de cartón en el baño

que el poeta se atribuye en *Autobiografía,* ¿no parece estrechamente emparentada con la conciencia —oscura o lúcida— de sus irrenunciables dificultades y problemas en un mundo que prefiere moverse de otro modo (bastante más desagradable y menos digno)?

V

Por otra parte, es menester ser ciego para no hacerse cargo de que el físico mismo de Luis Rosales revela, sin almaizares ni tapujos, la realidad que hasta aquí venimos sosteniendo.

Vamos a dejar a un lado, por obvias, la pacífica solidez del cuerpo, la marcha plantígrada, el metabolismo de más exteriorizado, sereno y buen ver a que nos hayamos encarado, y acudamos a todo lo demás: esa apariencia de gran jefe sioux pasado por las bibliotecas hispánicas y las sastrerías inglesas, de cadí europeizado o bien de *aggiornato,* sentencioso y supremo jurisconsulto en los Damascos o los Marrakechs herederos de su Granada mora; esa macicez de los rasgos, esa piel olivácea, mogrebí, recubriendo en tensión la frente austera, tirada hacia atrás y diseñada por el nacimiento asimétrico del pelo; la nariz sólida, inexpugnable, flanqueada en su base por las pequeñas aguamarinas de los ojos, ante las que insisten esos cristales de buen aumento, un tanto submarinos, como para ayudar a ver superficies a unas pupilas hechas para los grandes fondos de las personas y de las cosas; en fin, todo ese aparato, toda esa afable fortaleza facial de Luis Rosales —fortaleza, pero afable—, ¿podrían aludir a cualquier neurótico y baratero uso del Tiempo? ¿Cómo no relacionarla con lo que realmente significa: largas horas nocherniegas de amistad, conversación, exploración y efusión mentales, inteligentes *gabuqs* con mujeres y hombres y licores, donde el Tiempo se vuelve una mota de cohete, incandescente y alta pero quieta ahí,

entre los cristales y el humo habanero, entre la teoría y el afecto, la emoción y la gracia?

Puede ser que pensara en una de tales noches con Luis —noche de hace seis, catorce, diecinueve años, o bien de hace dos meses, tres—, cuando se me ocurrió aquello de «El cansado» para «Las crónicas de al-Andalus»:

Me he retirado como ayer
cuando despuntan los pregones
y las recuas bajan al río.
Pero ahora se juntaron ahí esos otros
y ya estoy otra vez, desde la cama, entre las risas,
las estrofas...

Y me parece que llegando aquí, cuando ya presentía el final de estos apuntes, acabo de dar con otra viva y palpable prueba de cuanto defienden, tan palpable como que la tiene usted entre las manos. Una cuenta pueril de almanaque —que es el *Boletín Oficial del Estado* de Cronos—, y entenderemos cómo las eternas disensiones de Luis Rosales y el Tiempo quedan subrayadas con gran propiedad y coherencia por esta misma entrega de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS. En efecto, y como ya sabemos, el presente número de la revista homenajea al poeta en ocasión de sus sesenta años; pero adviértase que Luis nació en 1910 y que estamos en 1972...

FERNANDO QUIÑONES